

uos” pueden descifrar, para luego evadir la crítica contra cualquiera de ellos esgrimiendo distinciones artificiosas y acomodaticias entre textos “fundamentales” y textos de “divulgación”, o como complicar y oscurecer el lenguaje para simular competencia y sabiduría, o, peor aún, recurrir para defensa de la teoría a argumentos de autoridad o a argumentos *ad hominem* como señalar la edad o nacionalidad de los autores que la critican. Estas estrategias, lejos de fortalecer la teoría, empobrecen el debate intelectual.

*Psicogénesis e historia de la ciencia* es una obra que han recibido con entusiasmo algunas comunidades de científicos y académicos. Sin embargo, independientemente de la calidad y cantidad del entusiasmo con que se reciba cualquier nueva idea o teoría, nuestro papel como intelectuales y científicos es el de ejercer el análisis y la discusión crítica y racional de las ideas. Sólo así podremos proteger a la academia y a la sociedad en general de los dogmatismos y de la irreflexión de los lugares comunes, del oscurantismo y de la prepotencia intelectual.

JAVIER ELGUEA

BADHAM, R. “The Sociology of Industrial and Post-Industrial Societies” *Current Sociology*, vol. 32, 1, primavera 1984, Sage, Londres, 141 pp.

Esta obra tiene la virtud de enriquecer y matizar la dicotomía aceptada entre sociedad preindustrial y sociedad industrial. Los rasgos conocidos de la industrialización toman en ella, en efecto, otro carácter; aparecen nuevas capas y significados de este proceso de cambio estructural. Por lo demás, el delineamiento del futuro revela claramente una mutación y un quehacer social movidos por criterios singulares. Badham mantiene el término “industrial” por comodidad semántica, aunque deja entender que no entraña una transición lineal sino una ruptura que abre vías inexploradas.

Badham hace un recuento de la idea y de las formas de la industrialización a partir de los Enciclopedistas. A juicio de éstos, la sociedad industrial representaba una objetivación de la razón. La teología, el prejuicio racial o de clase y el sofocamiento unilateral de los plebeyos retrocederían ante el progreso, la diferenciación institucional y el estallido de jóvenes libertades. La industrialización fue entonces una utopía “cronometrada” que tuvo la fortuna de materializarse, al menos parcialmente, y se propagó en el mundo ajustándose a ecologías particulares. En palabras de Simmel: se impuso el imperio del reloj. La mutación, sin embargo, emanó de elementos genéticos adicionales que Badham trata de develar.

Ciertamente, la teoría de la sociedad industrial lleva algunos denomi-

nadores comunes: *a*) el abandono de la agricultura no monetaria; *b*) la adopción de innovaciones tecnológicas a pesar de los costos sociales correspondientes; *c*) el brote de un nuevo orden social acompañado tanto por fricciones de clase como por tendencias al consenso colectivo; *d*) la consolidación de la democracia; *e*) el aceleramiento de procesos convergentes entre sociedades que declaran practicar ideologías rivales; y, en fin, *f*) la configuración de la sociedad industrial como módulo normativo y estación de llegada de los países rezagados (p. 4).

Sin embargo, los sociólogos clásicos propusieron etiologías desiguales para este síndrome. Así, por ejemplo, Durkheim hacía hincapié en la división del trabajo y en el paso a la “solidaridad orgánica”; en opinión de Weber, el avance industrial fue una expresión lógica del des-encantamiento del mundo y de la “dispensabilidad” de la magia; y para Saint-Simon, la élite empresarial-científica venía a desalojar a los militares y a otros elementos “parasitarios” (p. 18). Las variables y el modelo causal diferían en cada caso, pero los juicios coincidían en que la “nueva sociedad” representaba un logro humanista incontrovertible. Sin embargo, ésta sin duda habría de acarrear la monotonía, y costos o desutilidades, tales como la anomia, la alineación y un dominio social sofocante que solía y suele acompañarse de brutalidad. Pero estos costos son menores en relación con las promesas y con los resultados del milenio industrial.

El autor subraya el hecho de que, para estos sociólogos clásicos, la industrialización era un proceso irreversible que no admitía claudicaciones ni retorno (p. 21). El señalamiento es pertinente, pues algunos fundamentalismos y mesianismos contemporáneos implican, como se verá, una des-industrialización deliberada o inevitable. Badham soslaya este giro sorprendente de la modernización, que nos conduce a nuevas formas de magia social.

Conviene señalar que la teoría de la sociedad industrial acarrea un determinismo económico o tecnocrático, aun en el caso de Weber. La acumulación sostenida de capital, la pluralidad de funciones y la democratización del orden social aparecen como requisitos del progreso: es un determinismo legitimado por la ciencia (p. 23), nueva figura de la mitología contemporánea. La especialización, la jerarquía funcional, la competencia en los mercados y la secularización son efectos de esa hilación tecno-económica (p. 24). Sin embargo, sería un error pensar que estos procesos se eximen de contradicciones. Si la industrialización levanta la bandera de la igualdad, la empresa industrial exige una jerarquización más o menos estricta. Como se sabe, Aron percibió este choque (p. 29) y le adjudicó incluso una parcela en el malestar de la cultura contemporánea.

La dinámica del avance industrial condujo a una nueva etapa. la sociedad poscapitalista, caracterizada por autores como Lipset, Bell, Shils y otros. Varias novedades ocurren en esta sociedad. Primero, los ejecutivos se adueñan de las empresas alejándolas de sus propietarios legales, hecho que Badham anticipó a principios de los cuarenta. El deslinde entre *control* y *po-*

*sesión* de la propiedad implicó un trastorno significativo que tendrá consecuencias en la fisonomía del capitalismo moderno y en la propia teoría económica y de la empresa. Segundo, la tecno-burocracia ejerce el dominio no sólo sobre la gran organización sino también sobre secciones estratégicas de los mercados. Tercero, la fuerza laboral es geográfica y socialmente móvil y precisa un permanente entrenamiento. Si es sedentaria se torna víctima del desempleo estructural. Cuarto, el Estado nacional no sólo crea una infraestructura y ordena “externalidades”, sino que se ve constreñido a intervenir en la sociedad civil (una conducta “obscena” para Spencer y Saint-Simon). Finalmente, la tecno-burocracia limita, por añadidura, el poder del Estado y lo obliga a una internacionalización económica —al menos por ramas y sectores— que hace desaparecer las fronteras políticas convencionales (p. 32).

A esta crónica de la sociedad pos-industrial cabe añadir dos rasgos que la literatura descuida en general: la atenuación del ciclo económico (ya sea en virtud del uso de constantes medidas keynesianas, ya sea por la supremacía sorprendente del ciclo político), y la importancia de los cálculos costo/ beneficio en el *largo plazo*. La sociedad pos-capitalista, en efecto, supera en gran medida tanto el ciclo como la acción especulativa; busca, al contrario, la estabilidad y el riesgo calculado.

Badham percibe que existen diferentes tipos de sociedad industrial (p. 35). La tecnología, la cultura, las preferencias de las masas, el papel del Estado, la tolerancia respecto de las libertades públicas, etc. son variables que influyen en ella. Desde luego, las compañías transnacionales tienden a reducir la diversidad, pues manipulan precios, demandas y elecciones tecnológicas. Sin embargo, el ascendiente de estas entidades está condicionado en última instancia por el contexto y su entorno. No influyen en forma semejante en Suiza o en Costa Rica. Por lo demás, el peso de los conglomerados depende de la dirección de sus inversiones. Es obvio: existen rubros dinámicos y rubros vegetativos. Así, por ejemplo, la actividad paramilitar se ha transformado en varios países en la locomotora del avance industrial. Por lo tanto, hay que cuidarse entre otras cosas de los planteamientos que asumen “el fin de las ideologías” (p. 43), pues éstas no tan sólo existen como creaciones interpretativas de intelectuales sino como estrategias coherentes de las grandes empresas. La homogeneidad de los regímenes industriales no es, pues, evidente.

El autor reconoce que el conflicto de clases en la sociedad industrial es sumamente complicado y supera las hipótesis del marxismo ingenuo (p. 46). En efecto, si por una parte es posible controlar este conflicto como si fuera una mercancía más o una injerencia social caprichosa de los consumidores, por la otra, la pugna entre las clases suele darse *dentro* del Estado nacional, como en un combate de trincheras —a veces brutal, a veces silencioso. Por consiguiente, hay que evitar generalizaciones tentadoras sobre la “irracionalidad” o sobre el “desplome final” del capitalismo industrial (p. 51). La realidad contemporánea las refuta sin reparos.

¿Adónde lleva la hiper-industrialización? Badham no ofrece al respecto —sería insensato si lo hiciera— una respuesta unánime. Para algunos autores, estamos en vísperas de un salto cuántico y del despliegue de una nueva civilización; para otros, emprendemos un retorno que pondrá énfasis en la calidad de la vida, en la personalización perdida, con base en los niveles materiales ya alcanzados (p. 61). La hiper-industrialización ofrece opciones dispares: la “transacción fáustica”, el “paraíso de Prometeo” o el ardid maltusiano (p. 69). La escuela de Frankfurt quiso posponer “la decapitación de la filosofía” (p. 79) en un universo hedonista; a los neocomtianos les interesa la racionalidad a ultranza (p. 83), incluso si conduce al fascismo. Colocados en la cima del progreso industrial, algunos tienen nostalgias bucólicas a la Ilich; otros ven en esta propensión una hipocresía elitista y buscan nuevos derroteros. La dinámica posindustrial propone varias salidas. El texto las insinúa en parte y propone, a modo de conclusión, una bibliografía orientadora.

Creo que Badham descuida varios problemas cardinales. Uno de ellos es el de las sociedades en vías de industrialización. ¿Cuáles son sus perspectivas reales de progreso? ¿Debe éste seguir midiéndose en relación con las sociedades avanzadas? Si los países marginados encaran hoy una brecha tecnológica irreversible en algunas ramas y si la estatización de la economía —en boga en muchos de ellos— deja fuera a los empresarios y reduce la función de los precios, ¿qué vías de industrialización están aún disponibles? Segundo, ¿cómo hay que interpretar la “nueva política industrial”, que hoy se está articulando entre Harvard y el MIT, y qué incidencias tendrá en los países subdesarrollados?

Badham se desentiende del asunto. A mi juicio, se está haciendo en los centros de investigación de los países desarrollados un ensayo de reconstruir las bases de la innovación siguiendo criterios schumpeterianos y sin perder de vista algunos intangibles del desarrollo industrial identificados por Morris y Adelman. Si el ensayo tiene éxito, la industrialización cambiará de rumbo. Pero, ¿qué implicará para los países periféricos?

Tercero, el mesianismo político se ha institucionalizado —o amaga con hacerlo— en varios países de tamaño medio, que en otras condiciones podrían dejar de ser materia de la economía del desarrollo por el avance logrado. Este mesianismo suele traer consigo una des-industrialización más o menos rápida. ¿Se trata de una protesta contra el consumismo nihilista? ¿Es este proceso una conducta desesperada y autoflagelante? ¿Representa un nuevo concepto de la vida económica y de la sociedad en general?

Finalmente, existen sistemas económicos situados en varias etapas de crecimiento y que pretenden lograr un equilibrio entre tecno-burocracia y mercado, entre la ciudad y el campo, entre el progreso y el sistema ecológico, entre la rutina pública y la diversidad privada. ¿Cuál es la viabilidad de estos sistemas de acuerdo con el análisis comparativo de los patrones de la industrialización? ¿Es otra negociación, mucho más circunspecta, con

Prometeo, o es un rechazo firme a Fausto? La imaginación industrial de Badham no llega lejos; sin embargo, hay que conocerla.

JOSEPH HODARA

HUGHES, Steven W. y Kenneth J. Mijeski, *Politics and Public Policy in Latin America*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1984, 250 pp.

La motivación con la que, seguramente, fue escrito el libro de S.W. Hughes y K.J. Mijeski no puede más que aplaudirse. Tal parece que los autores, conscientes de la abundancia de trabajos publicados sobre América Latina en las últimas décadas, hubiesen decidido escribir uno con características diferentes. Implícita en el planteamiento de Hughes y Mijeski se encuentra la principal crítica que, en mi opinión, se le puede hacer a esos textos: la ausencia de un punto de vista desde el cual sea posible analizar y comparar sistemáticamente naciones con características sociopolíticas, económicas y culturales tan diversas. *Politics and Public Policy in Latin America* pretende demostrar las ventajas, tanto teóricas como descriptivas, de un enfoque que enfatiza una característica común a todo sistema político: la formulación y la instrumentación de políticas públicas, es decir, el estudio comparativo de la relación entre estructura de gobierno y naturaleza del proceso político.

La tarea que se proponen llevar a cabo estos autores —de ser exitosa— tendría la ventaja adicional de hacer posible que este tipo de textos fuesen relevantes no sólo para un público norteamericano, interesado en adquirir un conocimiento de tipo general —desde afuera— de América Latina, sino también para los propios habitantes de estas naciones, preocupados por obtener una visión de su país de origen en términos comparativos respecto al contexto latinoamericano. Quizá no exista mejor manera de realizar esta pretensión que por medio de un enfoque que privilegie una problemática que, en los últimos años, ha ido adquiriendo relevancia teórica entre un grupo cada vez más amplio de científicos sociales, sobre todo entre aquellos preocupados por el estudio de las relaciones entre la burocracia, el Estado y la sociedad vía el análisis de políticas estatales. Sin embargo, pese a las loables intenciones de los autores, las lecciones que podemos extraer de su obra se deben más a lo que éstos se propusieron hacer que a lo realmente logrado. Veamos por qué.

En el prefacio se plantea, como objetivo fundamental del libro, el análisis del proceso de formulación e instrumentación de políticas públicas en seis países: Brasil y Perú, Costa Rica y Venezuela, México y Cuba, considerando tres categorías de regímenes políticos. Los dos primeros pertenecen a lo que los autores llaman “regímenes militares”, los siguientes representan a los “regímenes democráticos” y los últimos quedan clasificados